

SOBRE EL IMPERIO DE MAXIMILIANO

ANTONIO CASO vs. MANUEL PUGA Y ACAL

Juan HERNÁNDEZ LUNA

1. *En el sexagésimo aniversario del
10 de abril de 1864*

Al cumplirse, el 10 de abril de 1924, sesenta años de la aceptación de la corona del Imperio de México por el príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, se publicaron en los periódicos *Excelsior* y *El Universal* varios artículos que vinieron a crear un clima propenso a la discusión de este episodio de nuestra vida nacional.

Destacaron, entre esos artículos, los que don Federico Gamboa destinó a describir la solemne ceremonia efectuada el 10 de abril de 1864 en el Castillo de Miramar y en la que el archiduque austriaco prestó el memorable juramento: "Yo, Maximiliano, emperador de México, juro a Dios por los Santos Evangelios, procurar por todos los medios que estén a mi alcance, el bienestar y prosperidad de la nación, defender su independencia y conservar la integridad de su territorio."

Fueron cuatro los artículos que don Federico Gamboa destinó a este asunto. En uno defendía a los imperialistas mexicanos y acusaba a nuestros liberales, en párrafos como este: "Tanto más convendría no fustigar a los imperialistas con el quemante epíteto de traidores, cuanto que los republicanos o liberales, como te lo llevo dicho en anteriores confidencias, no andan mejor librados: te he puntualizado diversas tentativas para ceder, vender y enajenar porciones del territorio."

A la vez que defendía a los imperialistas y culpaba a los liberales, don Federico Gamboa arrojaba sobre Maximiliano el cargo de la traición. "Caso que en la trágica aventura del Imperio haya habido traición, a todo rigor, el único traidor sería Maximiliano; y no para con México, sino para con Austria, a la que abandonó para servir a unos extraños, a cuya nacionalidad renunció por adquirir una nueva."

Tal vez los anteriores juicios de don Federico Gamboa, alimentados todavía con los odios de partido que caracterizaron a nuestros historiadores del siglo pasado, incitaron al maestro Antonio Caso a publicar en el periódico *Excelsior* el artículo "El sueño de Napoleón",² pues al comienzo de su artículo, sin nombrar a Gamboa, pero como si tratara de corregir su punto de vista partidista, Caso se sitúa más allá de la pasión, como él apunta, de los "católicos de Pedro el Ermitaño" y de los "Jacobinos de época terciaria", y exalta por igual el heroísmo de "vencedores" y "vencidos" en lo que califica uno de los "capítulos más gloriosos" de la historia de México: la guerra de Reforma y la Intervención Francesa y el Imperio. "México no puede descontar de su historia uno solo de los actos de sus hijos capaces de honrarla. Tan heroico es don Santos Degollado sacrificándose por su ideal republicano, como Mejía, el imperialista, hundiéndose, libre y espontáneamente, con la catástrofe del Imperio."

Pero la finalidad del maestro Antonio Caso en este artículo no era tanto corregir el punto de vista de don Federico Gamboa, como destacar el pensamiento romántico de Napoleón III sobre la erección, a través de Maximiliano, de un *Imperio Latino en México*.

2. *El sueño de Napoleón*

El romanticismo en la política, como en las letras —decía el maestro Caso en este artículo— "caracterízase por un gran vigor imaginativo, descompasado y arrebatador, pero ayuno de serenidad y proporción".

Napoleón III es un buen ejemplo de este romanticismo político. Fue un "César romántico, un hombre de ideas levantadas, grandiosas, pero falsas. Tuvo más imaginación y soberbia que proporción con la realidad de su siglo".

Aprovechando la catástrofe sajona de la *guerra de secesión* en los Estados Unidos, Napoleón III escribió el día tres de julio de 1862 al general Forey estas palabras memorables: "Si México conserva su independencia y su territorio y, con el auxilio de Francia, recibe este país un gobierno sólido, habremos devuelto a la raza latina, al otro lado del Océano, su poder y su brillo."

Lo que Napoleón III quería, comenta el maestro Caso, era

devolver a los latinos en el Nuevo Mundo, la hegemonía que habían perdido en el Viejo. México sería la sede del imperialismo latino. [Desde nuestro territorio] los franceses, al sacrificar nuestras libertades políticas, devolverían a la raza latina el esplendor que la iluminó cuando en los dominios de Carlos V el sol *no se ponía*...

Tratábase, sigue diciendo el maestro Caso, de

desgarrar sin piedad a un pueblo soberano para sacrificarlo en holocausto de una raza hipotética. Se quería coronar aquí a un rey para oponer un valladar al imperialismo sajón; dique que mantendrían las bayonetas francesas apuntadas al pecho de los liberales mexicanos.

Tal era el sueño de Napoleón Bonaparte; tal era lo que el monarca francés conceptuaba como *el pensamiento de su reinado*.

Pero Napoleón, al formular su sueño sobre la raza latina, no tomó en cuenta la realidad histórica del pueblo mexicano. No tomó en cuenta que la raza latina era menos real que el pueblo mexicano. La raza latina era sólo una *construcción ideológica* y el pueblo mexicano era una *construcción histórica*. "Francia, Italia y España, como entidades sociales, son indiscutibles;" pero la "raza latina, a que pertenecen las tres, es sólo una inducción de los filólogos, los psicólogos y los antropólogos". Por eso

la *etnarquía* latina, el sueño de Napoleón, era nomás, entonces, como lo es hoy día, un concepto, una pura representación del espíritu;

cuando más, un ideal magnífico, un ente de mera razón; y México es y era, en la época del segundo imperio francés, un conjunto humano realísimo que no necesita de elucubraciones metafísicas para imponerse a la conciencia del historiador con el prestigio de sus monumentos y sus rutinas ciclópeas, sus instituciones y sus costumbres, su anhelo y su dolor.

Por la razón anterior, dice el maestro Caso, el sueño de Napoleón, el sueño del César romántico, lo desvaneció "el pueblo mexicano con su hidalguía y su esfuerzo y los Estados Unidos con su celo por su propia grandeza —en una de las pocas gloriosas aplicaciones de la doctrina Monroe". "Querétaro se llama uno de los más grandes actos de la tragedia de la historia americana, de la historia del mundo."

Sin embargo, concluye el maestro Caso, después del desastre del imperialismo latino, algo quedó claro:

México es la piedra de toque; el *lábaro de contradicción* para América; el Cristo de los pueblos de civilización latina en el nuevo mundo.

Si llegásemos a sucumbir ante los sajonos del Norte, las posibilidades de triunfo de la civilización latina se reducirían enormemente. Somos, por nuestra situación continental, lo que Francia es en Europa: el punto de intersección de las dos grandes culturas humanas. Tomemos, pues, del sajón, sus métodos eficaces, su tesón para la vida, su alegría para el trabajo, su confianza en el porvenir; pero mantengamos intacto nuestro perfil, sin descastarnos jamás. Nuestra misión es la más alta de cuantas puedan tener los pueblos latinoamericanos. Realicemos el sueño del déspota francés, en la medida de nuestra capacidad, oponiendo *virtú contra furore*, como cantó Petrarca; substituyamos al imperialismo imposible la devoción por el ideal nacional, que no es una tesis de mística ideología, sino la convicción del patriotismo. México ha conservado, hasta aquí, como escribía Napoleón a Forey, *su independencia y su territorio*. ¡Que los conserve siempre! El porvenir de América de ello depende.

3. Por qué tuvimos segundo imperio

La tesis del maestro Antonio Caso que se acaba de exponer, dio motivo a que don Manuel Puga y Acal publicara en *El Universal*, para rebatirla, el artículo "Por qué tuvimos segundo imperio".³ Puga y Acal conocía el tema que rebatía, entre otras

cosas, por haber emprendido un ensayo de traducción, aunque incompleto, del voluminoso libro *El Imperio Liberal* de Emilio Ollivier.

Don Antonio Caso, escribía Puga y Acal en su artículo, atribuye a Napoleón III el “profundo pensamiento político de haber querido fundar en nuestro país un gobierno fuerte que detuviera la expansión anglo-sajona y determinara el reflorecimiento de la civilización latina en América”.

Lo anterior son “frases huecas, aunque sonoras y que halagan todavía oídos crédulos”. Ya la crítica histórica ha hecho pasar a la “categoría de consejas” esos propósitos atribuidos a Napoleón III.

Ese pensamiento político no fue de Napoleón III, sino del partido conservador. Está fuera de duda que los conservadores mexicanos, por medio de sus diplomáticos Gutiérrez de Estrada, Hidalgo y Almonte, para rehacer el poder que se les había escapado en Ayutla y, también, porque ello era conforme con sus principios, querían establecer en México un gobierno monárquico. Sólo que los conservadores mexicanos, para “ocultar sus miras personales y de partido”, proclamaron que ese gobierno monárquico sería como un valladar para oponerlo a la expansión democrática y republicana de los Estados Unidos y aseguraría el reflorecimiento de la civilización hispánica en América.

Con este pensamiento sí estuvo de acuerdo la emperatriz Eugenia, la célebre condesa de Montijo, exaltada a la categoría de emperatriz de los franceses, a quienes los conservadores mexicanos, desde 1857, habían hecho partícipe de sus planes. Con respecto a ella se puede, sin temor de equivocarse, “afirmar que aquella fraseología sonaba en sus oídos como un halago a sus más íntimas aspiraciones, y fue lógico y debido que se entregara con todas sus energías a la realización de aquellos sueños —¡ella sí que soñaba!— llegando hasta llamar a la guerra de México mi guerra”.

Pero el “espíritu de Napoleón III” no podía estar de acuerdo con el pensamiento político, con el sueño de nuestros conservadores de crear en México un *imperio latino*, pensamiento y sueño con el que sí se había solidarizado la emperatriz Eugenia.

Napoleón, aunque era monarca, no podía estar de acuerdo en ese imperio, porque “era respetuoso de la voluntad de los pueblos, porque por el pueblo tenía la devoción y del pueblo había recibido el apoyo que tienen y reciben siempre los verdaderos césares”.

Napoleón no podía estar de acuerdo con la creación de ese *imperio latino*, porque “su respeto por la civilización hispánica, monárquica y teocrática, no podía ser muy grande”, ya que “no podía haber olvidado cómo su tío había visto a los Borbones de España en Bayona, ni que la abolición de la Inquisición había sido objeto de una de las primeras disposiciones que decretó aquél en Chamartín”.

Por otra parte, el emperador francés no podía pensar seriamente en oponerse a la expansión de los Estados Unidos en América.

¿cómo podía Napoleón III pensar en ello seriamente, cuando sabía que esa República había nacido gracias, en gran parte, a la generosa previsión de Luis XVI de Francia, y a la incomprensible ceguera de Carlos III de España, y que había crecido porque su tío, siendo Primer Cónsul, le había vendido la Luisiana, y más tarde, Fernando VII, la Florida? Tenía, pues, que comprender que, por tardía, era empresa impracticable limitar en el río Bravo la indefectible influencia política democratizadora de los Estados Unidos, y que levantar ahí un valladar a su posible crecimiento geográfico, era irrealizable.

Lo que movió a Napoleón III a establecer en México el Imperio de Maximiliano, fue un “poderoso anhelo” que siempre “consideró como su más notable aspiración de joven aventurero y su más grande obra como heredero de la corona de Bonaparte: la independencia, la libertad y la unidad de Italia”.

La oportunidad que Napoleón encontró para realizar ese “poderoso anhelo”, fue después de las victorias de Magenta y Solferino. “Napoleón III dijo entonces que el atroz espectáculo del campo de la batalla de Solferino, le había inspirado horror de la guerra e impulsado a buscar un arreglo por medio de una conferencia preliminar de un tratado de paz”. La “conferencia se celebró en Villa-franca el 11 de julio de 1859”. Fue muy

cordial y “como se trataba, entre otras cosas, de la sección del Lombardo-Véneto, puesto que Francisco José cedía definitivamente la Lombardía y sólo conservaba, aunque formando parte de una confederación italiana presidida por el Papa, la Venecia, no parece aventurado suponer que el Habsburgo habló de las inquietudes que le causaba su hermano Maximiliano, quien, desde que había gobernado militar y civilmente el Lombardo-Véneto, hacía alarde de un liberalismo tanto más peligroso, cuanto que parecía signo de rebeldía con miras de usurpación del trono de Austria”. Fácil es, pues, comprender el “interés que tenía Francisco José en que su hermano se alejara y quedara fuera de la política europea”. Y hoy se sabe que cuando, de regreso Napoleón III en París, Gutiérrez de Estrada se le presentó con el carácter de representante del presidente Miramón y volvió a hablarle del proyecto de establecimiento de una monarquía en México, aquél indicó desde luego a Maximiliano como su candidato a ese trono”.

La intervención de Napoleón en México no fue “una aventura de monarca soñador, de César romántico, de don Quijote coronado, ya que todos esos términos expresan la misma idea, sino uno de los episodios de su grandiosa empresa de libertar y unificar a Italia, primera patria de su estirpe”.

Vista así la cuestión del Segundo Imperio Mexicano, “revela que los violadores de nuestra autonomía nacional, con excepción de Napoleón III, no sabían qué papel desempeñaban en realidad en el escenario del mundo, ni que su elocuencia y su heroísmo sólo servían para que una vieja nación europea, la verdadera cuna del latinismo, disgregada desde los tiempos de Diocleciano, diera un paso más hacia la unificación”.

4. *El imperialismo de Napoleón el pequeño*

Para defender la tesis expuesta en “El sueño de Napoleón” y responder a don Manuel Puga y Acal, el maestro Antonio Caso publicó en el mismo periódico *Excelsior* un segundo artículo: “El imperio de Napoleón el pequeño”.⁴

El artículo de don Manuel Puga y Acal, decía el maestro Caso, desde el punto de vista de la lógica pura, "es el tipo de la argumentación incongruente e inútil" y, desde el punto de vista de la historia, "la tergiversación de los hechos más notorios".

El señor Puga y Acal está de acuerdo en que la emperatriz Eugenia sí se solidarizó con el propósito de los conservadores mexicanos, pero no "admite que el espíritu de Napoleón III estuviese de acuerdo con el sueño de nuestros conservadores y la célebre condesa de Montijo".

Para probar que el "espíritu de Napoleón III" no estaba de acuerdo con ese sueño, el señor Puga y Acal asevera que Napoleón "era respetuoso de la voluntad de los pueblos". Pero este argumento no es capaz de demostrar la opinión por él sostenida. Pues ¿cómo iba a ser Napoleón respetuoso de la voluntad de los pueblos, cuando "en Francia pisoteaba las instituciones republicanas, antes de venirlas a pretender destruir en la República Mexicana"!

Alega también el señor Puga y Acal que Napoleón III no podía estar de acuerdo con ese sueño porque "no respetaba la civilización hispánica" y porque "Napoleón el Grande había recibido el homenaje de Carlos IV y Fernando VII y decretado asimismo la abolición del Santo Tribunal en Chamartín". Pero todas estas consideraciones son irrisorias porque lo "indudable es que Napoleón estuvo de acuerdo con la emperatriz y los conservadores", como lo prueban los hechos ulteriores. "La verdad es que tuvimos en México guerra imperialista", premeditada por Napoleón III y que a esta guerra se llamó en Francia "el pensamiento del reinado".

El señor Puga y Acal dice que Napoleón III no podía pensar seriamente en oponerse a la expansión de los Estados Unidos de América, porque "tenía que comprender que, por tardía, era empresa impracticable limitar en el río Bravo la indefectible influencia política democratizadora de los Estados Unidos". Como se sabe, Napoleón no comprendió nada de esto, "porque envió cuarenta mil soldados, de sus mejores tropas, a México, con el propósito imperialista —diga lo que quiera el señor Puga y

Acal— de establecer una monarquía con un príncipe europeo a la cabeza”.

Todo lo demás que el señor Puga y Acal invoca para declarar que Napoleón III no podía seriamente oponerse a la expansión de los Estados Unidos, como aquello de que “sabía que la nación norteamericana había nacido de una generosa imprevisión de Luis XVI, y había crecido porque Napoleón el Grande, siendo Primer Cónsul, le vendió la Luisiana, y después, Fernando VII la Florida”, son “razones sentimentales” y “reminiscencias históricas trivialísimas, que, por cierto, son magníficos ejemplos del sofisma conocido en la escuela con el nombre de ignorancia del elenco”. Porque a Napoleón III no le importaba nada de esto; “él iba en derechura a su fin, que consistía en el entronizamiento de un rey en México”; los “Estados Unidos eran el enemigo poderoso, debilitado precisamente en el instante en que se emprendía la aventura”.

Lo que movió a Napoleón III a traer a México a Maximiliano, dice el señor Puga y Acal, fue “el deseo de lograr la integración de Italia”, porque Maximiliano “era un factor de más sobre el tablado de la farsa política europea”. Esto es verdad, pero no porque lo diga el señor Puga y Acal, sino que lo sabe todo el que haya leído la historia de Europa en el período relativo. “Pero, nos ocurre preguntar, ¿en qué discrepa el propósito de un imperialismo latino en América con el de la formación de la unidad de Italia?”. “Por el contrario, ambos designios se auxiliaban entre sí. Si Maximiliano sobraba en Europa, según Bonaparte, servía en México”; y si “el espectro de Venecia tomó la mano de Napoleón y la hizo firmar la orden de derrocar a Juárez para que cediera su lugar al archiduque austriaco, éste venía de perlas sobre el trono de México. No son, pues, ideas que se excluyen, sino conceptos que se complementan, los que el señor Puga y Acal pretende oponer entre sí para redactar un artículo. El imperialismo latino que, en Europa, ayudaba a la manumisión de Italia, en México erigía un trono y un cadalso para el archiduque austriaco”.

La polémica se redujo a los tres artículos reseñados.⁵ Ni el maestro Antonio Caso ni el poeta Manuel Puga y Acal volvieron

a ocuparse de la cuestión histórica que habían comenzado a debatir y que permite, en su brevedad, apreciar no sólo los diversos puntos de vista, sino, más importante todavía, la diferente formación intelectual de los contendientes.

NOTAS

¹ Los artículos de don Federico GAMBOA aparecieron bajo el título "La confesión de un palacio. Hacia la quimera sangrienta", los días 16 y 30 de marzo de 1924 y 13 y 14 de abril del mismo año.

² CASO, Antonio. "El sueño de Napoleón". *Excelsior*, 22, marzo, 1924.

³ PUGA Y ACAL, Manuel. "Por qué tuvimos segundo Imperio". *El Universal*, 8, abril, 1924.

⁴ CASO, Antonio. "El imperio de Napoleón el pequeño". *Excelsior*, 12, abril, 1924.

⁵ Los artículos siguientes de PUGA Y ACAL y de CASO fueron respectivamente "¿Jesucristo fue comunista?" (*El Universal*, 17 abril 1924) y "La política en la Secretaría de Educación Pública" (*Excelsior*, 19 abril 1924).